

— ¡Llévate también el cáliz!, ordenó Petronio.

Luego, haciendo una seña á Antemio, prosiguieron los cantos.

«El *Enobarbo* empieza á divertirse conmigo y con Vinicio, pensó Petronio al oír los primeros acordes de las arpas. Adivino sus planes. Creyó asustarme enviándome al centurión. Esta misma noche se le preguntará cuál ha sido la acogida que le he dispensado. ¡No, no! ¡No tendrás motivo para solazarte, oh cruel profeta! Sé que no olvidarás la ofensa, sé que mi desgracia es inminente; pero si esperas verme suplicante ó temblando de miedo, ¡te engañas!

— César te escribe: «ven, si lo deseas.» ¿Irás?, preguntó Eunica.

— Estoy muy bien de salud y podré oír sus versos, respondió Petronio; por esto iré, y no pudiendo ir Vinicio, con mayor motivo.

Dejando la mesa, dió su acostumbrado paseo, se hizo peinar y arreglar el traje por los esclavos, y una hora después, bello como un dios pagano, ordenó que le condujesen al Palatino. Era una noche calurosa y tranquila. La luna iluminaba con tan vivo resplandor que los *lampadarii* que precedían á la litera apagaron sus luces. Por las calles y entre las ruinas se agitaba una muchedumbre embriagada, cargada de hiedra, de mirtos y de laureles, arrancados de los jardines cesáreos. La abundancia de víveres y la esperanza de los próximos y grandiosos espectáculos llenaban de júbilo todos los corazones. Se oían músicas y cantos celebrando la noche encantada y el amor; en muchos puntos se bailaba á la luz de la luna, y los esclavos se veían obligados continuamente á abrirse camino para pasar con la litera del noble Petronio; al oír este nombre la multitud se separaba, aclamando con gritos de júbilo á su predilecto.

Pero á él sólo le preocupaba Vinicio, extrañándole no haber recibido noticias suyas. Era epicúreo y egoísta, pero su intimidad con Pablo de Tarso y con Vinicio, y además todo cuanto había oído decir diariamente acerca de los cristianos, le habían transformado sensiblemente sin que él pudiera advertirlo. Parecía como que emanaba de aquellos dos un aliento purificador que había arrojado su semilla saludable hasta en el alma del sensualista, pues toda huella de egoísmo estaba á punto de desaparecer en ella. Además había sentido siempre por Vinicio un cariño entrañable, por ser hijo de su hermana predilecta. Desde que se había interesado por las aventuras del sobrino, se consagraba á ellas con vivo celo, temeroso del aspecto trágico que iban á tomar. Petronio no había perdido aún la esperanza de que Vinicio hubiese podido prevenir á los pretorianos, huyendo con Licia, ó en la peor hipótesis, la hubiese arrancado del poder de aquéllos. Previendo que tendría que responder á varias preguntas, hubiera preferido tener la certeza de los hechos para encontrarse preparado.

Cuando llegó frente al palacio de Tiberio, bajó de la litera y entró inmediatamente en el atrio, que estaba ya lleno de cortesanos.

Los que el día anterior aún se contaban en el número de sus amigos no le siguieron, admirados de verle entre los invitados. Y él pasaba por en medio de todos, bello, desenvuelto, despreocupado y seguro de sí mismo, como un poderoso en el acto de dispensar favores á diestro y siniestro. Algunos hasta llegaban á preguntarse, al verle en tal actitud, si no se habían precipitado en demostrarle frialdad.

César, absorto en la conversación, pareció que no notaba su presencia y no le saludó. Tigelino, en cambio, se le acercó, diciéndole:

— ¡Salud, *arbiter elegantiarum!* ¿Sostienes todavía que no fueron los cristianos los que incendiaron Roma?

Petronio, según costumbre, se encogió de hombros, y golpeando la espalda de Tigelino, como solía hacer con los libertos, respondió:



¡Llévate también el cáliz!, ordenó Petronio

— Tú sabes lo mismo que yo lo que debe pensarse de estos hechos.
 — No me atrevería, seguramente, á comparar tu sabiduría con la mía.
 — ¡Y tienes razón! Porque cuando César lea un nuevo libro de la *Iliada*, tendrás que emitir un juicio conveniente, en vez de gritar como una corneja.

Tigelino se mordió los labios. No le halagaba mucho la idea de la lectura de César, sabiendo que no podía competir con Petronio en aquel terreno. En efecto, Nerón leía, y por la fuerza de la costumbre volvía la vista hacia Petronio espiando la expresión de su fisonomía. Y el *arbiter* escuchaba atentamente, levantando los ojos, dando muestras de aprobación, redoblando su atención para coger el sentido oculto de alguna frase y para asegurarse de haber oído bien. Después alababa ó censuraba y exigía más claridad ó más profundidad en algún verso. Nerón comprendía que los demás, en sus alabanzas exageradas, no tenían más mira que su propio interés, mientras Petronio no se ocupaba de la poesía más que por puro amor al arte: él solo comprendía, él solo juzgaba concienzudamente. Por esto durante un rato hubo un cambio continuo de frases y de opiniones entre los dos, y cuando Petronio puso en duda la oportunidad de una expresión vulgar, el emperador le dijo:

— En el último libro verás por qué la he escogido.

«¡Ah!, pensó Petronio, esto quiere decir que aún estaremos aquí cuando se termine el último libro.»

Más de uno de los presentes pensó entonces: «¡Ay de nosotros si Petronio gana tiempo, porque puede recobrar la gracia del emperador y perder á Tigelino.» Y por si acaso, muchos se pusieron otra vez á su lado. El fin de la velada fué menos feliz. Cuando Petronio fué á despedirse, César, con los ojos centelleantes de perversidad, le preguntó bruscamente:

— ¿Por qué no se ha dejado ver Vinicio?

Si Petronio hubiera estado seguro de que el joven tribuno y Licia habían abandonado la ciudad, hubiera respondido: «Con tu permiso se ha casado y ha partido.» Pero observando una extraña sonrisa en el rostro de Nerón, se limitó á responder:

— Seguramente no habrá tenido conocimiento de tu invitación por no hallarse en casa.

— Dile que tendré mucho gusto en verle, añadió Nerón, y recomiéndale en mi nombre que no deje de asistir á los espectáculos en que tomen parte los cristianos.

Estas palabras impresionaron á Petronio, porque le pareció que se referían directamente á Licia. En cuanto subió á su litera, ordenó que le condujeran á su casa con más rapidez que por la mañana; pero esto no era fácil. Frente al palacio de Tiberio se aglomeraba una masa de gente embriagada, que aullaba, pero no gritando de alegría, sino vivamente excitada. Desde lejos llegaban exclamaciones que Petronio no había podido entender en el primer momento, pero que poco después se hicieron unánimes, prorrumpiendo todos en un solo aullido, espantoso, salvaje:

— ¡Los cristianos á las fieras!

Las ricas literas de los cortesanos á duras penas podían abrirse paso entre la muchedumbre tumultuosa. De todas las calles incendiadas acudían nuevas avalanchas de gente, que oyendo aquellos gritos se apresuraban á repetirlos. Corría de boca en boca la noticia de que al mediodía habían empezado las detenciones y que un número considerable de incendiarios estaba en poder de la autoridad; á lo largo de las calles, entre las ruinas, en el Palatino, por las colinas y por los jardines, de uno á otro extremo de la ciudad resonaba con furor siempre creciente el grito:

— ¡Los cristianos á las fieras!

— ¡Gentuzá!, replicó Petronio con desprecio. ¡Pueblo digno de tu César!

Y comprendió claramente que una sociedad que se regía merced á aquel exceso de crueldad, desconocido hasta de los pueblos más bárbaros, á una corrupción sin límites y á crímenes sin nombre, no podía durar mucho tiempo. Roma dominaba el mundo, pero representaba también la gangrena social; despedía un hedor cada-vérico y parecía que las sombras de la muerte se preparaban piadosas á cubrir aquella existencia medio deshecha. Más de una vez esto había servido de tema á las conversaciones entre los cortesanos, pero Petronio no había tenido ocasión de convencerse de cuán vertiginosa era la carrera hacia el precipicio emprendida por aquel enorme carro triunfal coronado de laurel, que llevaba dentro una multitud de prisioneros de todas las razas. La vida en aquella gran ciudad le parecía un baile desenfrenado, una orgía de disolutos, próxima á terminar.

Petronio comprendía entonces que los cristianos debían tener en ésta la base de otra vida mucho mejor; pero, si estaban todos destinados á desaparecer, ¿qué sucedería luego?

El baile desenfrenado seguiría mientras durase Nerón, y muerto éste, se daría con otro César parecido á él ó peor aún, porque aquel pueblo y aquellos patricios no serían capaces de procurarse cosa mejor. Y entonces principiaría otra orgía más humillante. Pero tampoco la orgía podía ser eterna, y á ésta debía seguir un poco de calma, aunque no fuese más que por agotamiento de fuerzas.

Estos pensamientos despertaban en Petronio un tedio infinito. ¿Valía, pues, la pena de vivir en ansia continua y con el solo objeto de contemplar semejantes horrores? ¿No había de ser el genio de la muerte tan hermoso como el genio del sueño, si ambos tenían las alas de oro?

La litera se paró frente á su casa, cuya puerta se abrió inmediatamente.

— ¿Ha vuelto el noble Vinicio?, preguntó Petronio.

— Sí, señor, ahora mismo, respondió un esclavo.

«No ha llegado á tiempo,» pensó Petronio.

Y despojándose de la toga, entró en el atrio.

Vinicio estaba sentado, con la cabeza entre las manos; al oír los pasos, levantó el rostro petrificado; sólo le brillaban los ojos por la fiebre.

— ¿Llegaste demasiado tarde?, le preguntó Petronio.

— ¡Sí! La prendieron antes del mediodía.

Siguió un breve silencio.

— Pero ¿la has visto?

— ¡Sí!

— ¿Dónde?

— En la Cárcel Mamertina.

A Petronio le temblaron las piernas y miró con ansiedad al sobrino. Éste comprendió la muda pregunta.

— ¡No!, dijo, no ha sido arrojada al Tuliano (1) y ni siquiera en la cárcel del centro. Pagué á la guardia para que le concediesen una celda propia; Ursus se ha colocado junto á su puerta y la custodiará.

— ¿Y por qué no la defendió?

— Porque fueron enviados cincuenta pretorianos, y Lino se lo prohibió.

— ¿Y Lino entonces?..

— Lino está á punto de morir; por esto no le arrestaron.

— Y tú ¿qué intentas hacer ahora?

(1) La parte subterránea de la prisión, que tenía una sola abertura en el techo. Yugurta murió allí de hambre.

— ¡Salvarla ó morir con ella! ¡Yo también creo en Cristo!

Vinicio hablaba con calma aparente; pero en su voz notábase tal acento de desesperación, que Petronio quedó fuertemente impresionado.

— Te comprendo, le dijo. Pero ¿cómo la salvarás?

— He sobornado á los guardias para que preserven á Licia de todo furor y para que no pongan obstáculos á su fuga.

— ¿Y cuándo podrá realizarse?

— Los guardias me dijeron que no podían prometerme que esto se realizara muy pronto á causa de su responsabilidad, pero me hicieron esperar que, apenas se llene la cárcel y no sea posible mantener en ella una rigurosa disciplina, dejarán escapar á Licia. ¡Pero es una causa desesperada! ¡Sálvala tú, Petronio! ¡Sálvala, y á mí con ella! Eres amigo de César y él mismo fué quien me la dió. ¡Ve á verle y sálvame!

En vez de responder, Petronio llamó á un esclavo y mandó que le llevaran dos mantos oscuros y dos espadas. Cumplido el mandato, se volvió á Vinicio, diciéndole:

— Andando te lo explicaré todo; toma entretanto el manto y el arma y vámonos á las cárceles. Una vez allí, darás á los guardias cien mil sextercios; dales aunque sea el doble, el quíntuple, mientras liberten á Licia; más tarde no lograrías nada.

— ¡Vamos!, repitió Vinicio.

Cuando estuvieron en la calle dijo Petronio:

— Ahora escúchame. Desde esta mañana he caído en desgracia; mi vida ahora pende de un cabello, y por esto no puedo hacer gestiones cerca de César... Y lo que es peor; estoy seguro de que obtendría el efecto contrario dirigiéndome á él. De otro modo, ¿cómo te hubiera yo aconsejado que huyeras con Licia ó que la libertaras? Si lo logras, toda la cólera de César caerá sobre mí. Así como están las cosas, acogería más fácil y benévola un ruego tuyo que uno mío. ¡No pienses en ello! Procura sacarla de la cárcel y huir. No te queda otro remedio. Si no te resulta, tenemos aún tiempo de seguir otro camino. Ten entendido que Licia no fué presa sólo por su fe cristiana, sino á causa del odio de Popea contra ella y contra ti. Tú has ofendido á la Augusta con tus desdenes, ¿te acuerdas? Ella sabe perfectamente que tú la rechazaste por amor á Licia, á quien ella odió desde el primer encuentro. Desde aquel instante trató de perderla y después la acusó de haber causado la muerte de su hija con artes maléficas. Por esto te digo que veo en todo la mano de Popea. De lo contrario, ¿cómo se explicaría que Licia haya sido arrestada entre los primeros? ¿Quién ha podido indicar con tanta exactitud la casa de Lino? Te aseguro que la pobre ha sido espiada durante todo este tiempo. Comprendo que te torturo el alma y te arranco toda esperanza; pero lo hago expresamente para convencerte de que ambos estáis perdidos, si no logras libertarla antes de que César y Popea puedan suponer que existe la tentativa.

— Sí, comprendo..., murmuró Vinicio.

Era ya hora muy avanzada y las calles estaban desiertas. Su coloquio fué interrumpido por un gladiador borracho que salió á su encuentro. Tropezó con Petronio, le puso una mano sobre el hombro, y echándole al rostro su aliento fétido, gritó con voz ronca:

— ¡A las fieras los cristianos!

— Mirmilón, respondió Petronio tranquilamente, oye mi consejo: ¡sigue tu camino!

El beodo le cogió el brazo con la otra mano.

— Grita también tú, ó te retuerzo el cuello: «¡A las fieras los cristianos!»



Hundió hasta el puño en el pecho del miserable el arma con que iba prevenido.

Los nervios de Petronio se habían puesto ya en tensión al oír antes aquel grito; desde que había dejado el Palatino, le oprimía el pecho como una pesadilla y le destrozaba los oídos. Así, pues, cuando se vió amenazado por el puño del gladiador, agotósele la paciencia.

— Amigo, le dijo, apestas á vino y me impides el paso.

Y diciendo esto, hundió hasta el puño en el pecho del miserable el arma con que iba prevenido; después, cogiendo por el brazo á Vinicio, continuó su camino como si nada hubiese sucedido.

— Hoy me ha dicho César: «Di á Vinicio que no falte á los espectáculos en que tomen parte los cristianos.» ¿Comprendes lo que significa decirme esto? Quiere divertirse con tu dolor: ¡es un hecho! Quizá por esta razón no estamos aún encarcelados tú y yo, Si no consigues ahora libertarla..., ¡no sé qué me diga!..., pudiera ser que Acté intercediese en su favor...; pero ¿obtendrá alguna cosa?.. Tus posesiones de Sicilia podrían tentar á Tigelino. ¡Pruébalo!

— ¡Le doy todo lo que poseo!

Desde las Carinas al Foro la distancia era corta, por lo cual llegaron muy pronto. Empezaba á amanecer y los muros iban saliendo de las sombras poco á poco.

Cuando estuvieron en la Cárcel Mamertina, Petronio se detuvo de improviso, diciendo:

— ¿Los pretorianos? ¡Demasiado tarde!

En efecto, una doble fila de soldados rodeaba la cárcel. Los primeros albos hacían relucir sus yelmos y las puntas de sus lanzas.

Vinicio se puso pálido como un cadáver.

— ¡Vamos hasta allí!, dijo.

No tardaron en hallarse junto á los soldados. Petronio, dotado de una memoria poco común, conocía no sólo á los oficiales, sino á casi todos los soldados uno por uno. Distinguiendo á uno que le era más conocido que los otros, le hizo seña de que se le acercase.

— ¿Qué quiere decir esto, Nigro?, le preguntó. ¿Tenéis orden de custodiar las prisiones?

— Sí, noble Petronio; porque el prefecto temía que se intentase libertar á los incendiarios.

— ¿Se os ha ordenado no dejar pasar á nadie?, preguntó Vinicio.

— ¡No! Los conocidos podrán visitar á los prisioneros, y de este modo se aumentará el número de cristianos arrestados.

— En éste caso, dejadme entrar, dijo Vinicio; y apretando la mano á Petronio: ¡Ve á ver á Acté! Yo iré luego á saber la respuesta.

— ¡Ven!, insistió Petronio.

En aquel momento, de los subterráneos y del interior de la cárcel se elevó un suavísimo canto religioso. Aquel himno, primero bajo y tímido, se hizo al poco rato solemne y majestuoso; voces de mujeres, de hombres y de niños se unían en un coro de grandiosa armonía; en el silencio de la mañana aquellas voces adquirían la dulzura del arpa, y lejos de resonar melancólicas ó afligidas, encontrábase en ellas, soberana, la nota de la alegría y del triunfo.

Los soldados se miraron uno á otro, atónitos. Y en tanto la bella aurora rosada reanimaba con su alegría el horizonte.

LI

El grito de «¡A las fieras los cristianos!» se repitió en innumerables feroces ecos por los ángulos de la ciudad. Al principio algunos dudaban de que fuesen los cristianos los verdaderos autores del incendio; pero nadie quería dudar, ante la perspectiva de que su expiación sería para el pueblo un espectáculo sin igual. Era opinión general que el fuego no hubiera podido propagarse de aquel modo sin la voluntad de los dioses. Por esta razón se ordenó que en todos los templos se hicieran sacrificios de todo género para aplacar la cólera divina. Después de consultados los libros sibilinos, el Senado dispuso la celebración de solemnes rogativas á Vulcano, á Ceres y á Proserpina. Las matronas ofrecieron holocaustos á Juno; llegaron hasta el mar en larga procesión y rociaron con agua la imagen de la diosa. Las esposas velaron algunas noches para honrar á los dioses. Roma entera se purificó así de sus pecados y se ofrecieron dones y sacrificios á los inmortales. Entre las ruinas empezaron las excavaciones para ensanchar las calles y las construcciones de nuevos palacios y templos. El primer edificio que se levantó con increíble rapidez fué un enorme anfiteatro de madera, donde habían de perecer los cristianos. Inmediatamente después de celebrado el consejo en el palacio de Tiberio, se dieron las oportunas órdenes para que se adquiriese el mayor número posible de animales feroces. Tigelino, al efecto, preparó todos los vivares y dispuso que en África se verificasen grandes cacerías, en las que habían de tomar parte todos los indígenas. Del Asia se hicieron traer elefantes y tigres, del Nilo cocodrilos, leones del Atlas, osos y lobos de los Pirineos, perros dogos del Epiro, búfalos y bisontes de la Germania. El número de detenciones operadas prometía un espectáculo como no lo había visto Roma. César trataba de borrar con sangre el recuerdo del incendio y embriagar á todo su pueblo de modo que nadie pudiese olvidar en su vida aquel mar de sangre.

La plebe ayudaba voluntariamente á los pretorianos en la tarea de dar caza á los cristianos, lo que era empresa fácil, porque éstos, acampados con el resto de la población en los jardines, profesaban su fe á la luz del sol. Cuando los guardias les cercaban, caían de rodillas entonando preces y dejándose conducir sin oponer resistencia alguna; y aquella resignación no hacía más que aumentar la ira del pueblo, que la juzgaba fruto de un orgullo insano. La muchedumbre parecía loca; á veces los cristianos eran arrebatados de manos de los guardias y maltratados cruelmente; las mujeres eran arrastradas por los cabellos hasta la cárcel, los niños estrellados contra las piedras.

La gente corría por las calles gritando y quejándose, husmeando en los caminos, entre las ruinas y en las cantinas en busca de víctimas. Frente á las cárceles se bailaban danzas báquicas; todas las cárceles estaban atestadas, y todos los días los pretorianos y la plebe conducían allí nuevas víctimas. La piedad había enmu-